



HENRY DAVID THOREAU
WALDEN



HENRY DAVID
THOREAU

WALDEN

Traducción de Justo Gárate



AUSTRAL


ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Walden*

La primera edición de esta obra fue publicada en la colección Austral de Espasa-Calpe Argentina en 1949

Traducción de Justo Gárate

© de la traducción del artículo de V. Woolf, José C. Vales, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

El editor queda a disposición de aquellos que ostenten los derechos de la traducción de Justo Gárate, con quienes no ha podido contactar

Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: *On Walden Pond* by Nicholas P. Santoleri © 1991

(www.santoleri.com)

Primera edición en Austral: marzo de 2023

Depósito legal: B. 2.471-2023

ISBN: 978-84-670-6906-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

| | |
|---|----|
| «Thoreau», por Virginia Woolf | 9 |
| Nota a la presente edición de <i>Walden</i> | 21 |

WALDEN

| | |
|--|-----|
| Economía. | 25 |
| Dónde moré y para qué vivía en Walden | 115 |
| La lectura. | 135 |
| Sonidos | 149 |
| La soledad | 169 |
| Visitantes | 181 |
| La huerta de judías | 199 |
| La aldea de Concord. | 213 |
| Las lagunas | 221 |
| La granja Baker | 251 |
| Leyes superiores | 261 |
| Vecinos animales | 275 |
| Calentar la casa | 291 |
| Primeros habitantes y visitas invernales | 311 |
| Animales de invierno. | 329 |
| La laguna en invierno | 341 |
| La primavera | 359 |
| Conclusión. | 383 |

Economía

Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en el bosque, a una milla de distancia de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, a orillas de la laguna de Walden en Concord (Massachusetts), y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. En ella viví dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un morador en la vida civilizada.

No impondría tanto mis asuntos a la cortesía de mis lectores si no hubiera sido por las preguntas tan concretas que muchos conciudadanos me hicieron con relación a mi modo de vivir; algunos considerarían estas preguntas impertinentes, aunque no lo son para mí, sino que, considerando las circunstancias, me parecen muy naturales y pertinentes. Algunos han preguntado con qué me alimentaba; si no me sentía solo; si no tenía miedo, y cosas parecidas. Otros han sentido curiosidad por saber qué parte de mis ingresos dedicaba a obras caritativas; y algunos que tienen familias numerosas inquirían a cuántos niños pobres mantenía. Por lo tanto, pediré perdón a aquellos lectores que no estén particularmente interesados en mí si en este libro me propongo contestar a algunas de estas pre-

guntas. En la mayoría de los libros, el *yo* o primera persona es omitido; en este será conservado; esa es la principal diferencia con respecto al egotismo. Generalmente, olvidamos que, después de todo, es siempre la primera persona la que habla. No debería hablar tanto sobre mí mismo si hubiera alguien a quien conociera tan bien como a mi persona. Desgraciadamente estoy limitado a este tema por la estrechez de mi experiencia. Además, por mi parte, requiero de cada escritor que me proporcione, tarde o temprano, una sencilla y sincera narración de su vida, y no meramente lo que ha escuchado de la vida de otros hombres, sino lo que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana; porque a mi parecer, si ha vivido sinceramente, tiene que haberlo hecho en una tierra lejana a mí. Quizá estas páginas están dirigidas particularmente a estudiantes pobres, y en lo que respecta al resto de los lectores, ellos sacarán provecho de aquellas partes que les incumban. Creo que ninguno forzará las costuras de la chaqueta al ponérsela, porque puede ser útil a aquel a quien le quede bien.

Con mucho gusto diría yo algo no relacionado con los chinos ni con los isleños de las Hawái, sino con vosotros que leéis estas páginas y vivís en Nueva Inglaterra; algo sobre vuestra situación, especialmente vuestro estado o circunstancias exteriores en este mundo, en esta ciudad, lo que es aquella, si es necesario que sea tan mala, si no puede tan siquiera ser mejorada. He viajado bastante por Concord: y en todas partes, en tiendas, oficinas y campos, los habitantes me han parecido estar haciendo penitencia en mil formas extraordinarias. Lo que he escuchado acerca de los brahmanes que, sentados, se exponen a cuatro fuegos y miran al sol; o cuelgan suspendidos, con su cabeza hacia abajo sobre llamas; o miran a los cielos sobre sus hombros, «hasta que les es imposible volver a su posición natural, mientras llegan solamente líquidos a sus estóma-

gos como consecuencia de la torcedura del cuello»;¹ o viven encadenados para toda la vida a los pies de un árbol; o miden con sus cuerpos el ancho de vastos imperios, al igual que las orugas; o se sostienen sobre un pie en lo alto de una columna: hasta esas formas de penitencia consciente son difícilmente más increíbles y asombrosas que las escenas que contemplo a diario. Los doce trabajos de Hércules eran insignificantes comparados con los que mis vecinos se han empeñado en realizar, porque aquellos eran solamente doce y tenían un fin, pero nunca he podido ver que estos hombres hayan matado o capturado algún monstruo o cumplido un desafío. Ellos no tienen un amigo como Yolas² que queme la raíz de la cabeza de la hidra con un hierro candente, sino que, tan pronto como una cabeza es aplastada, dos más surgen.

Veo a hombres jóvenes, a mis conciudadanos, cuya desgracia es el haber heredado granjas, casas, establos, ganado vacuno y herramientas agrícolas; porque es más sencillo proveerse que despojarse de ellos. Cuánto mejor que ellos hubieran nacido en campos abiertos, amamantados por una loba, para que pudieran haber visto con más claridad a qué tierras habían sido llamados a trabajar. ¿Quién los ha hecho siervos de la tierra? ¿Por qué deben comer sus sesenta acres cuando el hombre está condenado a comer solo su porción de barro? ¿Por qué deben comenzar a cavar sus fosas en cuanto nacen? Tienen derecho a vivir sus vidas, dejar todo esto atrás y procurar mantenerse de la mejor forma posible. ¡Cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi completamente aplastadas y sofocadas bajo el peso de sus cargas, arrastrándose por el camino de la vida, sacando adelante un granero de se-

1. Cita extraída de *The History of British India* (1817), de James Mill.

2. Cochero y compañero de Heracles o Hércules. (*N. del T.*)

tenta y cinco pies de largo por cuarenta de ancho, no pudiendo limpiar sus establos de Augías³ con cien acres de tierra, labranza, siega, pastoreo, y una parcela de bosque! Aquellos seres que luchan sin semejantes impedimentos heredados ya encuentran suficiente trabajo con someter y cultivar unos pocos pies cúbicos de carne.

Pero los hombres trabajan bajo la influencia de un error. La mejor parte del hombre⁴ es muy pronto arada para abono de la tierra. Los hombres se emplean por un aparente destino comúnmente llamado necesidad, según cuenta un viejo libro, en acumular tesoros que la polilla y la herrumbre echarán a perder y los ladrones robarán.⁵ Esta es la vida de un tonto, como comprenderán cuando lleguen al final de ella, si no lo hacen antes. Se ha dicho que Deucalión y Pirra hicieron a los hombres tirando piedras hacia atrás sobre sus cabezas:

*Inde genus durum sumus, experiensque laborum,
Et documenta damus qua simus origine nati.*

O como lo traduce Raleigh,⁶ rimándolo de esta forma tan sonora:

*Luego somos una generación recia, curtida a los dolores,
probando de este modo nuestro pétreo origen.*

3. Se refiere a uno de los trabajos de Hércules.

4. Alusión a *La ciudad de Dios*, de san Agustín (354-430): «El alma no es todo el hombre, sino su parte principal».

5. Alusión a Mateo 6, 19: «No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban».

6. Sir Walter Raleigh (1552-1618), marino, colonizador y escritor inglés. El texto latino es una cita de las *Metamorfosis* de Ovidio, I, 414-415. (*N. del T.*)

Esto en cuanto a la obediencia ciega a un oráculo desatinado, echando piedras sobre sus cabezas y no viendo dónde caían.

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia y error, están tan preocupados con los cuidados artificiales e innecesarios trabajos rudos de la vida que no pueden arrancar sus mejores frutos. Sus dedos, de tanto trabajar, son demasiado zafios y tiemblan en exceso. Realmente el jornalero no tiene tiempo libre para vivir de forma íntegra todos los días; no le es permitido mantener las relaciones más humanas con los hombres, porque su trabajo sería depreciado en el mercado. No tiene tiempo de ser otra cosa que una máquina. ¿Cómo va a recordar bien su ignorancia —cosa que requiere para su crecimiento— quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo? Algunas veces, deberíamos alimentarle y vestirle gratuitamente, y abastecerle con nuestros licores antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la lozanía de las frutas, solamente pueden conservarse con el trato más delicado. Y, sin embargo, ni a otros, ni a nosotros mismos, nos tratamos con esa dulzura.

Todos sabemos que algunos de vosotros sois pobres, encontráis la vida difícil, y algunas veces incluso os cuesta respirar. No dudo de que alguno de los que estáis leyendo este libro no podéis pagar las cenas que habéis comido, o las chaquetas y zapatos que se están desgastando rápidamente o ya han terminado de gastarse. Y habéis llegado a esta página, a gastar el tiempo prestado o hurtado, robando una hora a vuestros acreedores. Es evidente que muchos de vosotros vivís unas vidas pobres y serviles, pues la experiencia ha aguzado mi vista; siempre en los límites, tratando de entrar en negocios y salir de deudas, un lodazal muy antiguo, llamado por los latinos *ces alienum* ('el bronce ajeno'), porque algunas de sus monedas fueron

hechas de bronce; siempre prometiendo pagar, prometiendo pagar mañana, y muriendo hoy insolventes; tratando de buscar favores, hacer clientes de muchas maneras, pero sin faltar al derecho penal: mintiendo, adulando, prometiendo, contrayéndoos en una cáscara de nuez de cortesía, o dilatándoos en una atmósfera de etérea y vaporosa generosidad, para persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle sus zapatos, o su sombrero, o su traje, o su coche, o traer sus comestibles; enfermándoos, para poder ahorrar algo para cuando caigáis enfermos, algo que pueda guardarse en una vieja cómoda o en una media, detrás del tabique de yeso o, para más seguridad, en la pared de ladrillo; no importa dónde, ni cuán mucho o cuán poco.

Algunas veces suelo maravillarme de cómo podemos ser tan frívolos en lo que se refiere a la indecorosa y algo ajena forma de servitud llamada esclavitud de los negros; hay muchos amos astutos y sutiles que esclavizan de esta guisa tanto en el norte como en el sur. Si ya es difícil tener un capataz del sur, es peor tener uno norteño, pero que uno mismo se convierta en su propio capataz es mucho peor aún. ¡Y luego se habla de la divinidad del hombre! Mirad al carretero en la vía pública, encaminándose al mercado, de día o de noche, ¿acaso hay algo divino agitando en su interior? ¡Su deber más elevado es el de dar forraje y agua a sus caballos! ¿Qué interés tiene su destino para él comparado con los réditos de los embarques? ¿Acaso no conduce su carreta para don Hacendado Importante? ¿Qué tiene él de divino y de inmortal? Mirad cómo se agacha y sirve, cómo teme vagamente durante todo el día, no siendo inmortal, ni divino, sino el esclavo y prisionero de la opinión que él posee de sí mismo, una fama que ha adquirido por sus propios actos. En realidad, la opinión pública es un tirano muy débil si se compara con nuestra propia opinión privada. Lo que in-

dica o determina el destino es lo que uno piensa de sí mismo. Autoemancipación hasta en las provincias antillanas de la fantasía y la imaginación, ¿qué Wilberforce⁷ nos la traerá? ¡Pensad también en las damas de esta tierra, que tejen tapetitos de tocador hasta el último día de sus vidas para no revelar un interés demasiado intenso en sus destinos! Como si se pudiera matar el tiempo sin dañar a la eternidad.

La mayoría de los hombres viven vidas de tranquila desesperación. Lo que llamamos resignación no es más que una confirmación de la desesperación. De la ciudad desesperada, vosotros vais al campo desesperado, y tenéis que consolaros con la magnificencia de visones y ratas almizcleras. Hasta detrás de los llamados juegos y diversiones de la humanidad se encuentra una desesperación estereotípica pero inconsciente. No hay diversión en ellos, porque esta viene solo después del trabajo. Pero no hacer cosas desesperadas es una característica de la sabiduría.

Cuando consideramos, en palabras del catecismo, cuál es la principal finalidad del hombre, y cuáles son las principales necesidades de la vida y los medios para procurarlas, pareciera que los hombres hubieran elegido deliberadamente esta forma de vivir, porque la prefieren a cualquier otra, y sin embargo, ellos piensan honradamente que no hay elección posible. Pero las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol ascendió con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No se puede creer firmemente sin pruebas en alguna forma de pensar o de hacer, por muy antigua que sea. Lo que hoy todo el mundo repite o acepta como verdadero puede convertirse en falsedad mañana, una mera

7. William Wilberforce (1759-1833), famoso abolicionista inglés que logró que en las Antillas inglesas se suprimiera la esclavitud en 1834. (*N. del T.*)

opinión de humo que algunos creyeron nube que daría agua fertilizadora para los campos. Tratad de hacer aquello que la gente antigua afirma ser imposible de realizar, y demostrad que sí podéis. Los hechos antiguos pertenecen a las generaciones antiguas y los nuevos, a la moderna generación. La gente antigua no sabía lo suficiente como para obtener combustible y mantener un fuego encendido; la gente moderna pone un poco de leña seca bajo una caldera y se encuentra girando alrededor del globo tan rápidamente como las aves, de un modo que, según el dicho, mataría a los viejos. La vejez no está más habilitada que la juventud para ser instructora, porque ha perdido más de lo que ha ganado. Nos es dado dudar hasta de si, por vivir, el más sabio de los hombres ha aprendido algo de valor absoluto. Los ancianos prácticamente no pueden dar consejos importantes a los jóvenes, ya que sus propias experiencias han sido muy parciales, sus vidas han sido unos fracasos miserables, por razones privadas según creen ellos; es posible que les haya quedado un poco de fe que disfraza esa experiencia, y ahora solo son menos jóvenes de lo que eran antes. Hace unos treinta años que vivo en este planeta y todavía estoy por oír la primera sílaba de consejos valiosos o incluso serios por boca de mis mayores. Pues ellos no me han dicho, o quizá no puedan decirme, nada de utilidad. Esto es la vida, un experimento, la mayor parte del cual aún no ha sido realizado por mí; pero no me beneficia en absoluto el que otros lo hayan llevado a cabo. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, estoy seguro de que mis Mentores no dijeron una palabra acerca de ello.

Me dice un agricultor: «Usted no puede vivir solamente de comer hortalizas, porque no contienen nada para la formación de los huesos»; y así es que religiosamente él emplea una parte del día en proveer a su cuerpo con el rudo material de los huesos, caminando continuamente mien-

tras habla detrás de sus bueyes, los cuales, con huesos hechos de pasto, arrastran al agricultor y a su macizo arado, a pesar de todos los obstáculos. Algunas cosas son realmente requisitos esenciales de la vida en algunos círculos, los más desventurados y enfermos, pero en otros círculos son meramente un lujo e, incluso, en un tercer grupo, completamente desconocidas.

Para algunos, todo el terreno de la vida humana ha sido recorrido por sus antecesores, tanto las alturas como los valles y todas las cosas que a uno le pueden importar. Según Evelyn,⁸ «el sabio Salomón prescribió reglamentos hasta para la distancia que debería separar los árboles; y los pretores romanos habían decidido cuán a menudo puede uno ir al campo de su vecino a recoger las bellotas que allá caen sin violar la ley, y qué parte de lo recogido pertenece a ese vecino». Hipócrates hasta ha dejado indicaciones acerca de la forma en que debemos cortarnos las uñas: esto es, al mismo nivel del final de los dedos, ni más largas ni más cortas. Sin duda alguna, el tedio y fastidio que se presume han agotado la variedad y las alegrías de la vida son tan viejos como Adán. Pero las capacidades del hombre no han sido medidas todavía, y se ha ensayado tan poco que no podemos juzgarlas por algunos precedentes. Cualesquiera hayan sido tus fracasos hasta ahora, «no te aflijas, hijo mío, pues ¿quién te encargará aquello que has dejado sin hacer?».⁹

Podríamos poner a prueba nuestras vidas de mil simples maneras, como, por ejemplo, con este mismo sol que madura mis judías e ilumina a un tiempo un sistema de planetas como el nuestro. Si hubiera recordado esto, habría evitado algunos errores. Pero esta no era la luz con que yo los escardaba. ¡Las estrellas son los vértices de

8. John Evelyn, escritor inglés (1620-1706). (*N. del T.*)

9. Cita del *Visnú-purana*, texto religioso del hinduismo.

maravillosos triángulos! ¡Qué seres más diferentes y distantes contemplan simultáneamente desde las numerosas mansiones del universo la misma estrella! La naturaleza y la vida humana son tan distintas como nuestras constituciones. ¿Quién dirá cuál es la perspectiva que la vida ofrece a otros? ¿Podría ocurrirnos un milagro mayor que el de que podamos mirar a través de los ojos de otros? Deberíamos vivir en todas las épocas del mundo en una hora; sí, en los mundos de todas las épocas. ¡Historia, poesía, mitología!, no sé de la lectura de las experiencias de otra persona que fuera tan asombrosa ni didáctica como sería esto.

Creo sinceramente que la mayor parte de las cosas que mis vecinos consideran buenas son consideradas por mí como malas, y si alguna vez me arrepiento de algo es muy posible que sea de mi buen comportamiento. ¿Qué demonio tomó posesión de mí para que me portara tan bien? A ti, anciano, que has vivido setenta años, no sin honor de alguna clase, te está permitido decir la cosa más sabia de que seas capaz; oigo una voz irresistible que me invita a alejarme de todo eso. Una generación abandona las empresas de otra generación como buques encallados.

Creo que podemos confiar un poco más de lo que hacemos. Nos está permitido desistir de tantos cuidados para con nosotros como los que honestamente concedemos a los demás. La naturaleza se ha adaptado tan bien a nuestra debilidad como a nuestra fuerza. La ansiedad y el esfuerzo incesante de algunos equivale aproximadamente a la forma incurable de una enfermedad. Está en nuestra naturaleza el exagerar la importancia del trabajo que hacemos; y, sin embargo, ¡cuánto es lo que dejamos de hacer! ¿Y qué ocurriría si cayésemos enfermos? ¡Qué vigilantes somos!; estamos decididos a no vivir por la fe, si lo podemos evitar; todo el día alerta, y a la noche, decimos nuestras oraciones con desgana y nos confiamos a lo incierto.

Estamos obligados a vivir tan concienzuda y sinceramente, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad de un cambio. Decimos que este es el único camino, pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Cualquier cambio es un milagro digno de ser contemplado, pero es también un milagro que ocurre a cada instante. Confucio dijo que «saber que sabemos lo que sabemos y que ignoramos lo que no sabemos es la verdadera sabiduría».¹⁰ Preveo que, cuando un hombre haya convertido un hecho de la imaginación en un hecho para su entendimiento, todos los hombres a la larga establecerán sus vidas sobre esa base.

Consideremos por un momento de qué trata la mayor parte de la inquietud y la ansiedad a las cuales me he referido, y cuánta es la necesidad de que estemos inquietos, o por lo menos preocupados. Sería ventajoso el vivir una vida primitiva en la frontera, aunque en el centro de una aparente civilización, solo para aprender cuáles son las más importantes necesidades de la vida y cuáles han sido los medios empleados para satisfacerlas; o para hojear los antiguos diarios de los mercaderes para ver qué compraban los hombres comúnmente, lo que almacenaban, esto es, cuáles son los comestibles más necesarios. Porque los progresos de las edades han tenido poca influencia en las leyes esenciales de la existencia del hombre: del mismo modo que nuestros esqueletos, probablemente, no serán muy distintos de los de nuestros antecesores.

Por *necesidades básicas* me refiero a todo aquello que obtiene el hombre por sus propios esfuerzos, eso ha sido desde el principio o se ha convertido después de largo uso en algo tan importante para la vida humana que muy po-

10. Cita procedente de las *Analectas*, de Confucio.

cos, si alguno, por salvajismo, pobreza o filosofía, se atreven a vivir sin ello. Para muchos seres lo necesario en la vida se reduce al Alimento. Para el bisonte en la pradera consiste en unas pocas pulgadas de apetitoso pasto con agua para beber, siempre que no busque el Refugio del bosque o la sombra de la montaña. Ningún animal necesita más que Alimento y Refugio. Las necesidades básicas en la vida del hombre que vive en este clima pueden ser distribuidas con exactitud bajo estos títulos: Alimento, Refugio, Ropa y Combustible; porque hasta que no nos hayamos provisto de estos, no podremos considerar con libertad y posibilidad de éxito los problemas de la vida. El hombre no solo ha inventado casas, sino también ropa, y ha cocinado el alimento; y posiblemente desde el descubrimiento casual del fuego, y su uso consecuente, un lujo al principio, ha surgido la necesidad presente de sentarse cerca de él. Vemos que los perros y gatos han adquirido ese mismo hábito. Por medio de un Refugio y Alimento apropiados, conservamos legítimamente nuestro calor interno, pero cuando estos o el Combustible están en exceso, es decir, cuando el calor externo es mayor que el interno, entonces ¿acaso no se puede afirmar que empezamos entonces a cocinar? El naturalista Darwin dice, refiriéndose a los habitantes de Tierra del Fuego, que mientras su cuadrilla de hombres bien vestidos estaba sentada cerca del fuego, sin sentir ningún calor, estos salvajes desnudos algo más lejos le causaron sorpresa, pues «estaban goteando de sudor mientras soportaban semejante calcinación».¹¹ También nos han dicho que mientras que el aborigen de Australia anda desnudo sin consecuencia alguna, el europeo tiembla de frío entre sus ropas. ¿No sería posible combinar la robustez de estos salvajes con la intelectualidad del

11. Cita de *El viaje del Beagle* (1839), diario de viaje de Charles Darwin.

hombre civilizado? Según Liebig,¹² el cuerpo humano es una estufa, y el alimento, el combustible que mantiene la combustión interna en los pulmones. Cuando hace calor, comemos menos; cuando hace frío, más. El calor animal es el resultado de una combustión lenta, y la enfermedad y la muerte acaecen cuando esta combustión es demasiado rápida; por falta de combustible o por algún defecto en el tiro de la chimenea, el fuego se apaga. Naturalmente, no hay que confundir el fuego con el calor vital; pero hasta aquí las analogías. Por lo tanto, según la lista dada con anterioridad, la *vida animal* no es más que un sinónimo del *calor animal*; mientras que el Alimento puede ser considerado como el Combustible que mantiene el fuego en nuestro interior —y el Combustible solamente es útil para preparar ese Alimento, o para aumentar el calor de nuestros cuerpos añadiéndolo desde afuera—, también el Refugio y la Ropa sirven solo para retener el *calor* que ha sido generado y absorbido de este modo.

La gran necesidad de nuestros cuerpos consiste, pues, en mantenerse en calor, en conservar en nosotros el calor vital. ¡Qué cantidad de cuidados tomamos, pues, tanto con nuestro Alimento, Ropa y Refugio como con nuestras camas que son nuestras ropas nocturnas, robando los nidos y plumas de las aves para preparar este albergue dentro de otro refugio, al igual que el topo, que tiene su lecho de hierbas y hojas al fondo de su madriguera! El hombre pobre está acostumbrado a quejarse de que este es un mundo frío; y al frío físico, no menos que al social, culpamos directamente de nuestras molestias. En algunas partes del mundo, el verano permite a los hombres vivir una vida elísea. El Combustible es innecesario, salvo para cocinar sus Alimentos; su fuego es el sol cuyos rayos maduran la mayoría de los frutos; el Alimento es

12. Justus von Liebig (1803-1873) fue un químico alemán.

más variado generalmente y se obtiene con facilidad, mientras que en cuanto a la Ropa y al Refugio, se necesitan muy poco o nada. Según mi propia experiencia, en este país ahora existen utensilios de una importancia similar a lo necesario en la vida; me refiero a una navaja, un hacha, una azada, una carretilla, etc., y para el estu-
dioso, una lámpara, papelería de escritorio, y acceso a unos pocos libros, los cuales pueden obtenerse a un precio irrisorio. Y, sin embargo, algunas personas, nada sabiamente, van al otro lado del globo, a regiones bárbaras e insalubres, y por veinte o treinta años se dedican al comercio para poder vivir —es decir, para mantenerse cómodamente en calor— y al fin morir en Nueva Inglaterra. Ahora bien, aquellos abundantemente ricos no se conforman tan solo con mantenerse a una temperatura confortable, sino que el de ellos es un calor antinatural; como quise dar a entender antes, son cocinados, aunque *à la mode*, naturalmente.

La mayor parte de los lujos, o las así llamadas comodidades de la vida, no son solamente innecesarios, sino también verdaderos impedimentos para la elevación de la humanidad. En lo que se refiere a los lujos y comodidades de la vida, diré que los más sabios siempre han vivido vidas más simples y pobres que las vidas de los mismos pobres. Los antiguos filósofos chinos, indostánicos, persas y griegos eran una clase de gente que nunca fueron igualados en pobreza externa ni en riqueza interna. Y no es mucho lo que sabemos acerca de ellos. Pero es de notar que *nosotros* sepamos tanto sobre ellos. Lo mismo puede ser aplicado con respecto a los modernos benefactores y reformadores de la raza. Nadie puede ser un observador sabio e imparcial de la raza humana si no se encuentra en la ventajosa posición de lo que *nosotros* deberíamos llamar pobreza voluntaria. El fruto de una vida lujosa es el lujo, ya sea en agricultura, comercio, literatura o arte. Hoy

día, uno se encuentra con profesores de filosofía, pero no con filósofos. Y, sin embargo, enseñarla es admirable porque en un tiempo también vivirla era agradable. Ser filósofo no consiste en tener pensamientos sutiles meramente, ni en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría tanto como para vivir la vida de acuerdo con sus dictados, una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y confianza. Consiste no solo en resolver teóricamente algunos problemas de la vida, sino también prácticamente. El éxito de los grandes eruditos y pensadores es como el éxito de los cortesanos, no como el de los reyes ni el viril. Estos hombres se las arreglan para así poder vivir en conformidad con la tradición, prácticamente como lo hicieron sus padres, y no son los progenitores de una raza más noble de hombres. Pero ¿cuál es la razón por la cual los hombres degeneran siempre? ¿Qué es lo que obliga a emigrar o a extinguirse a las familias? ¿Cuál es la naturaleza de la abundancia que enerva y destruye a las naciones? ¿Acaso nosotros tenemos la seguridad de que nada de esta abundancia se halla en nuestras propias vidas? El filósofo está por delante de su época, aun en la forma externa de su vida. No se alimenta, refugia, viste o calienta como sus contemporáneos. ¿Cómo puede un hombre ser filósofo sin mantener su calor vital por métodos mejores que los del resto de los hombres?

Una vez que el hombre ha conseguido calentarse por medio de las varias formas que he descrito, ¿qué desea a continuación? Seguramente no quiere más del mismo calor, sino alimento mejor y más rico, mayores y más espléndidas casas, ropas en abundancia y de mejor calidad, numerosas lumbres siempre encendidas que den más calor, y otras cosas parecidas. Existe otra alternativa aparte de la de adquirir cosas superfluas, cuando un hombre ha obtenido todas las cosas nombradas anteriormente; la de arriesgarse en la vida, ahora que ha comenzado sus vacaciones

después del trabajo humilde. Pareciera que la tierra es apropiada para la semilla, porque esta ha mandado su raíz hacia abajo y ahora puede mandar el tallo hacia arriba con entera confianza. ¿Cuál es la razón por la cual el hombre se ha arraigado en la tierra, sino para poder elevarse hacia los cielos en la misma proporción? Porque las plantas más nobles son valoradas por el fruto que llevan al fin en el aire y a la luz lejos del suelo, y estas no son tratadas como los comestibles más humildes, los cuales, a pesar de que puedan llegar a ser bianuales, son cultivados solamente hasta que han perfeccionado su raíz, y a menudo sus puntas son cortadas con esta intención, de forma que la mayoría de la gente no las reconocería en su época floreciente.

Mi intención no es la de prescribir reglas a los hombres de naturaleza fuerte y valiente, que cuidarán de sus propios asuntos tanto en el cielo como en el infierno, y quizá edificarán con más magnificencia y gastarán el dinero más profusamente que los ricos, sin llegar a empobrecerse, sin saber cómo viven (si en realidad hay personas así como se las ha soñado); ni a aquellos que encuentran coraje e inspiración precisamente en el estado presente de las cosas y lo acarician con la afición y entusiasmo de los enamorados —y en cierto modo también me incluyo entre estos—; ni estoy hablando a aquellos que tienen un buen empleo en cualquier circunstancia, y que saben si este empleo es bueno o no. Estoy hablando principalmente a la gran cantidad de hombres que están disconformes y se quejan perezosamente de la dureza de sus destinos, o de los tiempos en que viven, habiendo posibilidad de mejorarlos. Ya algunas personas se quejan de otras porque —según dicen enérgica e inconsolablemente— cumplen con su deber. También tengo en mi mente a aquellos aparentemente ricos, pero que en realidad pertenecen a una clase terriblemente empobrecida, que han acumulado ba-

sura y no saben cómo hacer uso o deshacerse de ella y que de esta forma han fraguado sus propias prisiones de plata u oro.

Si me atreviera a contar en qué forma deseaba pasar mi vida años atrás, sorprendería mucho a aquellos lectores que conocen algo de mis circunstancias, y especialmente a aquellos que las ignoran por completo. Solamente voy a indicar algunas de las iniciativas que he emprendido con entusiasmo.

En cualquier época y en cualquier hora del día o de la noche, siempre he estado ansioso por mejorar la oportunidad que se me presentara y de anotarlo también en mi vara; por detenerme sobre el encuentro entre dos eternidades, el pasado y el futuro, sobre lo que es precisamente el momento presente: para ponerme en esa raya. Me perdonarán algunos pasajes no muy claros, porque en mi oficio hay más secretos que en la vida de la mayoría de los hombres y, sin embargo, estos secretos no son guardados intencionalmente por mí, sino que son inseparables de su misma naturaleza. Sería un placer para mí contar todo lo que sé acerca de ello y no verme obligado a escribir en mi puerta «Prohibida la entrada».

Largo tiempo atrás, perdí un sabueso, un caballo bayo y una paloma, y todavía hoy sigo sus rastros. He hablado a muchos viajeros acerca de ellos, describiendo su rastro y los nombres a los cuales respondían. Una o dos personas han oído al sabueso y la fuerte pisada del caballo, y hasta han visto desaparecer a la paloma detrás de una nube, y parecían tan ansiosos de recobrar estos animales como si ellos mismos los hubieran perdido.

¡Para poder anticiparse no solo a la salida del sol y a la aurora, sino, si fuera posible, a la misma naturaleza! ¡Cuántas mañanas, en verano y en invierno, antes de que ningún

vecino hubiera comenzado a preocuparse por sus tareas, yo ya estaba trabajando! Sin duda, muchos de mis conciudadanos me han encontrado a la vuelta de esta actividad: los agricultores que se encaminaban hacia Boston, en el alba, o los leñadores que se dirigían al trabajo. Es verdad que nunca ayudé materialmente a la salida del sol, pero no hay que dudar de que el solo hecho de estar presente era de suma importancia.

¡Sí! ¡Cuántos días de otoño y de invierno pasé en las afueras de la villa, tratando de oír lo que había en el viento, de escuchar y manifestarlo en seguida! Casi perdí todo mi capital, y hasta mi propia respiración en la empresa, corriendo de cara hacia él. Si hubiera ello concernido a alguno de los partidos políticos, pueden estar seguros de que hubiera aparecido en la *Gazzette* entre las últimas noticias. Otras veces observaba desde algún árbol o roca para poder telegrafiar la noticia de la llegada de alguien, o para esperar al atardecer sobre la cima de una colina, alguna caída del cielo, como si pudiera apoderarme de algo, aunque nunca fuera mucho, y esto, al igual que el maná, se disolviese de nuevo en el sol.

Durante un tiempo fui reportero de un diario cuya circulación no era muy grande, y el editor hasta ahora no ha encontrado propicias para ser publicadas la mayoría de mis colaboraciones, y como ocurre generalmente a los escritores, solo obtuve dolor a cambio de mis esfuerzos. De todas formas, en este caso mis esfuerzos fueron su propia recompensa.

Durante muchos años fui inspector (nombrado por mí mismo) de tormentas de lluvia y nieve, y cumplí fielmente con mi deber; agrimensor, si bien no de los principales caminos, de los senderos del bosque y de las rutas que cruzan los terrenos, que mantenía abiertos y viables, así como los puentes sobre los barrancos, que procuraba que se pudieran cruzar durante todas las épocas del año, don-

de las pisadas del público han dejado testimonio de su utilidad.

He cuidado el ganado salvaje de la villa que, saltando los cercos, da mucho trabajo al pastor fiel, y he vigilado los poco frecuentados escondrijos y rincones de la granja, a pesar de no saber siempre si Jonás o Salomón trabajaban hoy en un campo determinado; eso no era mi trabajo. He regado la roja gayuba, la cereza de los arenales y el almez, el pino rojo y el fresno negro, la vid blanca y la violeta amarilla, que, en caso contrario, podían haberse marchitado en épocas de sequía.

Para abreviar, diré que así seguí durante un largo tiempo, y no lo digo con jactancia, cuidando mi trabajo fielmente, hasta que fue cosa evidente que mis conciudadanos, después de todo, no me admitirían en la lista de funcionarios de la villa, ni me ofrecerían una sinecura con un sueldo moderado. Mis cuentas, las cuales puedo jurar haber llevado fielmente, no han sido nunca auditadas, menos aún aceptadas, y menos todavía pagadas y saldadas. De todas formas, es cierto que nunca he puesto demasiado empeño en ello.

No hace mucho tiempo, un indio itinerante fue a vender unas cestas a casa de un conocido abogado en mi ciudad. «¿Quiere usted comprar cestas?» preguntó el indio. «No, no queremos ninguna», fue la respuesta. «¡Cómo! —exclamó el vendedor mientras se dirigía hacia el portón—. ¿Tiene usted la intención de hacernos morir de hambre?» Viendo que a sus industriosos vecinos blancos les iban tan bien las cosas —que el abogado solo tenía que agitar argumentaciones para que fuera seguido por alguna riqueza y reputación mágicas—, se dijo a sí mismo: voy a entrar en negocios; voy a trenzar cestas; es cosa que puedo hacer. Creyó que, cuando él hubiera hecho las cestas, su parte del trabajo estaría terminada, y que los blancos tenían la obligación de comprárselas. No se dio cuen-

ta de que era necesario hacerlas de forma que valiera la pena adquirirlas, o por lo menos hacérselo creer así al comprador, o si no fabricar algo que realmente fuera digno de comprarse. También yo tejí un cesto de fina textura, pero no lo hice tan digno como para que alguien lo comprara. Sin embargo, en mi caso, pensé que era digno de mi tiempo el tejerlo, pero en lugar de pensar cómo venderlo, me preocupé de cómo evitar la necesidad de su venta. La vida que los hombres elogian y consideran venturosa no es más que de una clase. ¿Por qué debemos exagerar el valor de una clase en perjuicio de las otras?

Viendo que mis conciudadanos no iban a ofrecerme ningún puesto en el edificio de los juzgados, ni ningún curato o sustento, sino que tendría que valerme por mí mismo, me volví más exclusivamente que nunca hacia los bosques, donde era mejor conocido. Decidí entrar en negocios en seguida, sin esperar a adquirir el capital que suele reunirse, sino haciendo uso de los reducidos medios de que yo disponía. Al dirigirme al lago Walden, no era mi intención vivir allí con lo justo, ni con lujos, sino el despachar algunos negocios privados con el menor número de obstáculos; el verme privado de llevarlos a cabo, por falta de un poco de sentido común, un espíritu emprendedor y talento comercial, no parecía tan triste como absurdo.

Siempre he tratado de adquirir hábitos comerciales estrictos, pues son indispensables para todo hombre. Si vosotros comerciáis con el Imperio chino, entonces, una pequeña oficina en la costa, en algún muelle de Salem, será suficiente. Exportaréis los artículos que produce el país, artículos nativos solamente, mucho hielo y madera de pino, y algo de granito, siempre en naves nacionales. Cerraréis buenos tratos. Verificar todos los detalles vosotros mismos, ser piloto y capitán, dueño y asegurador; comprar, vender y llevar las cuentas; leer cada carta que se

reciba, y escribir y leer toda correspondencia que es enviada; vigilar la descarga de las importaciones de día y de noche; estar casi al mismo tiempo en muchas partes de la costa —a menudo, el mejor flete será descargado en las costas de Jersey—; ser vuestro propio telégrafo, abarcando el horizonte con vuestra mirada, continua e incansablemente, hablando a todas las embarcaciones ancladas a lo largo de la costa; tener un flujo constante de artículos para el aprovisionamiento de mercados distantes y exorbitantes; estar siempre informados de la situación de los mercados, de las posibilidades de guerra y de paz en cualquier parte, y anticipar las posibles variaciones de la civilización y comercio —aprovechándoos de los resultados de todas las expediciones exploradoras, haciendo uso de las nuevas vías y de las nuevas mejoras de la navegación—; es necesario el estudio de mapas, el conocimiento de la posición de los escollos y de nuevos faros y boyas, y siempre, sin falta, hay que corregir las tablas de logaritmos, porque, por error de algún calculador, a menudo la embarcación se estrella contra una roca en lugar de llegar a un muelle amigo —este es el destino no narrado de La Pérouse—;¹³ estar al día de los avances de la ciencia, estudiando la vida de los grandes navegantes y descubridores, grandes aventureros y comerciantes, desde Hannón y los fenicios hasta nuestros días; en resumen, de tiempo en tiempo, hay que llevar un balance de las existencias que se poseen para así saber cuál es la situación de uno. Es una labor para poner a prueba las facultades del hombre, la que requieren esos problemas de ganancia y pérdida, de interés, de merma y rebaja, y mediciones de toda clase que exigen un conocimiento universal.

13. Jean-François de Galaup, conde de La Pérouse (1741-1788), fue un marino francés que desapareció, junto con todos los hombres de su expedición, en las islas Vanikoro.